

937 SUDESTADA

GALERÍA DE ARTE

Aníbal González 937 - Tigre

aves

artistas visuales de escobar

EN SUDESTADA

4 - 5 - 12 / 09 DE 18 A 21:30 HS

Artistas

AGUSTINA DE SANTO

ANA PAREDES

ANDREA ZOTTOLA

DIEGO SCHMIDT

EDUARDO NOÉ

GABRIELA MENSÍAS

GRACIELA ÁLVAREZ

ISABEL BURGOS

LUIS MENSÍAS

MARÍA PAROLA

MARIANA RAUSCHER

MARTA GIRADO

NYDIA DURÓ

PAULA DURI

QUIQUE GUREVICH

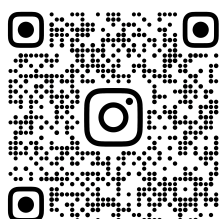
SOLEDAD LACORTE

Curadoras

GACHI PRIETO

LOLA SILBERMAN

LORENA FIUMANA



Instagram: @artistasvisualesdeescobar



www.artistasvisualesdeescobar.ar

Un destino común

Hay una grieta fundacional en la cultura argentina que nunca terminó de cerrarse: la que separa —y a la vez inventa— al campo y a la ciudad. Sarmiento la fijó como oposición moral, civilización contra barbarie, y desde ahí toda una tradición literaria y visual no dejó de discutirla, desplazarla, invertirla. Lo que en el Facundo era jerarquía, en la gauchesca se vuelve resistencia; lo que en la Buenos Aires que describe Beatriz Sarlo es modernización técnica y vértigo urbano, tiene su reverso en un interior que la ciudad necesita nombrar —como atraso, como reserva de autenticidad, como folklore— para poder definirse a sí misma. No es una dicotomía que la Argentina haya resuelto: es una tensión que la constituye, y que cada generación vuelve a poner en escena con sus propios materiales.

En las artes visuales esa disputa tiene un nombre que la encarna mejor que ningún otro: Antonio Berni. Su obra no ilustra la tensión entre campo y ciudad, sino que la atraviesa: es el trayecto mismo de una migración interna que empuja al interior hacia el margen urbano y lo deja ahí, precarizado, inventando una vida nueva con los materiales que encuentra. Juanito Laguna y Ramona Montiel no son un campo trasplantado a la ciudad ni una ciudad que devora al campo: son la prueba de que esa frontera, lejos de ser una línea fija, es un proceso que no deja de producir sujetos, paisajes y objetos híbridos. Berni funciona en esta muestra como bisagra: es el punto donde las dos tradiciones dejan de ser polos opuestos y se revelan como una misma maquinaria en movimiento.

Los artistas convocados aquí trabajan esa tensión desde un lugar concreto: producen desde la periferia de Escobar y son en su mayoría emergentes porque vienen construyendo su obra fuera de los lugares o circuitos de legitimación institucional que concentran la ciudad y sus centros urbanos. No escriben esta disputa desde el centro que la nombra, sino desde el borde que la vive todos los días —ese punto exacto donde el conurbano y la llanura todavía no terminaron de decidir quién es cuál, y donde por eso mismo la pregunta conserva toda su urgencia.

Esa disputa se deja ver en los trabajos seleccionados, en el modo en que cada uno elige sus propios materiales sensibles. El campo aparece aquí en los colores de las sierras, en los animales silvestres esculpidos, en la exuberancia vegetal y el silencio espeso del monte; la ciudad, en cambio, se impone como hacinamiento, como casas apiladas unas sobre otras, como el bullicio y el frenesí de una vida que no se detiene, salvo por el sosiego de la casita de barrio. No son dos paisajes: son dos regímenes de percepción, dos formas distintas de habitar el tiempo y el espacio, puestas una al lado de la otra sin jerarquía.

Pero hay un punto en el que esa disputa, sin resolverse, cambia de escala. La muerte no iguala a nadie: el cementerio de pueblo, con su cruz de tierra y su nombre pintado a mano, no es el mismo territorio simbólico que un panteón porteño. Ahí también campo y ciudad siguen discutiendo su lugar, su jerarquía, su forma de ser recordados. Lo que iguala es lo que queda por debajo donde la materia vuelve a la tierra, sin nombre y sin origen, cuando ya no hay nadie discutiendo nada. Es ese fondo común —no como consuelo sino como límite— el que esta muestra propone mirar de frente: el lugar donde toda frontera, tarde o temprano, deja de importar.

Lola Silberman

Texto curatorial